

Norman Douglas

Las sirenas y sus ancestros

TRADUCCIÓN DE PABLO DE CUBA SORIA



[Nota aclaratoria: De los trece capítulos que conforman *Siren Land*, en el presente volumen solo se incluyen los tres primeros; de ahí el título *Las sirenas y sus ancestros*, el cual refiere literalmente al primer capítulo del libro de Norman Douglas].

Edición: Javier L. Mora
Traducción y prólogo: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Imagen de cubierta: detalle del blasón de
Sir Thomas Cusack (1490-1571)

© Herederos de Norman Douglas, 2024
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798345355091

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

Prólogo: Norman Douglas, “viajar en lo invisible”

*Esa carretera suspendida sobre el mágico
Golfo de las Sirenas, todavía surcado por
la memoria y el mito.*

ITALO CALVINO

I

ENTRE LAS ROCAS calizas y dolomitas que aún protegen *l'isola*, ellas cantaban para seducir a los marineros, borrándoles de su memoria cada uno de sus ayeres y convocándolos al placer sin límites, al reino donde hace acto de ausencia todo ciclo vital. Cantaban para conducirlos hacia una dicha indiferente que anticipa el final de todos los finales: el retorno a la eternidad. Homero y la iconografía helénica las imaginaron como aves, la mitología romana y la Edad media como seres acuáticos; pero en cualquiera de sus formas, las sirenas son las voces terriblemente hermosas del subconsciente. “Sabemos cuanto sucede sobre la

tierra fecunda”, dicen ellas en el Canto XII de la *Odisea*. “*I have heard the mermaids singing, each to each. /I do not think that they will sing to me*”, reza el más amoroso de los poemas de T. S. Eliot, quien supo que él pertenecía a una época ya para siempre disociada de aquellos cantos.

En las colinas que se levantan sobre la costa escarpada, abundantes en limoneros y olivares, tomillo y lavanda, almendros y encinas, la diosa Atenea recibía tributos desde tiempos anteriores al Tiempo. Los antiguos habitantes de Sorrento adoraban la inteligencia, la forma más duradera de la seducción. Fausto Zevi describió esa comarca como “una tierra encantada, habitada por seres sobrenaturales que interactuaban con los humanos”.

Capri y Sorrento son *regiones terrae* que se resisten a perder su carácter mágico-mitológico, o “el aura de lo antiguo” —como diría Walter Benjamin—. *Isola y scogliera, mare y vetta*, ni siquiera el incoloro furor de la “era del turismo” —corrosión democrática del *Grand Tour*— ha logrado cancelar sus halos míticos. “Es un lugar tan hermoso que quiero morir-me”, dice una turista anónima (quizás imitando a Greta Garbo, una eterna enamorada de Capri), mientras contempla los *faraglioni*

desde los Giardini di Augusto. En *Sea and Sardinia* (1921), ya D. H. Lawrence había escrito que “este es el paisaje que, desde la cima del Camino de los Dioses, se abre a nuestra mirada: el escenario donde se abandonan los dioses de hoy y se descubre de nuevo un yo perdido, mediterráneo, anterior”.

Historiadores y sabios aseguran que en su viaje (inagotable cópula) hacia Creta, de Oriente a Occidente, la raptada Europa y el divino Zeus (transformado en un magnífico toro blanco de resplandecientes cuernos) tomaron descanso en estas tierras, donde las ninfas marinas coronaron con adelfas, campánulas y anémonas a la bella hija de Agénor, rey de Tiro. Como era costumbre por aquel entonces, las sirenas cantaban, sin dudas *para ellos*. Según George Gissing, en sus crónicas de viajes *By the Ionian Sea*, “en lugares como Sorrento y Capri, el pasado mítico es tangible; uno siente la presencia de antiguos dioses y las voces persistentes de sirenas llamando desde el mar”.

Llegar a “las tierras altas de Sorrento” o desembarcar en la *isola di Capri* es acceder a un tiempo anterior a la Caída, relatada en el Libro primero de la Torah; es una temporada en la tabla izquierda (y, a veces, también en

la central, como lo hicieron Tiberio, Augusto y Calígula) de *El jardín de las delicias* de un cierto artista neerlandés. *Natura pristina y tempio antico*, “Capri y Sorrento son lugares donde el ser humano parece haber hecho las paces con la naturaleza, aceptando su misterio y sus poderes, sin intentar nunca dominar lo que claramente pertenece a un reino más allá del nuestro”, escribió Norman Douglas en *Siren Land*.

II

Aristócrata erudito, amante de la botánica y la cocina, irónico sin par y bromista incurable, Norman Douglas (Thüringen, 1868-Capri, 1952) es conocido principalmente por su novela *South Wind* (1917), obra que Cyril Connolly incluyó entre los cien mejores libros del Movimiento Moderno. Sin embargo, son sus libros de no ficción —donde hizo danzar los géneros de la prosa, entre ensayo, memorias y relato de viajes— los que se cuentan entre los más raros y bellos escritos en la primera mitad del siglo xx sobre la cultura mediterránea, especialmente sobre el sur de Italia: *Siren Land* (1911), *Fountains in the Sand: Rambles Among the Oases of Tunisia* (1912), *Old Calabria* (1915), *They Went* (1920), *Capri. Materials*

for a Description of the Island (1930) y *Looking Back: An Autobiographical Excursion* (1933). Todos estos libros reflejan la mirada única de quien supo “viajar en lo invisible”.

Pero, ¿qué significa “viajar en lo invisible”?

La respuesta aparece en los primeros compases de *Un viaje a Italia. 1981-1983*, de Guido Ceronetti: “[A] Italia ya no la encontraré, pero sé viajar en lo invisible, donde volveré a hallarla”. Ese movimiento por lo intangible ya lo había capturado Norman Douglas casi una centuria antes, tanto en su vida como en su literatura. De los lugares que habitó, creó una cartografía fascinada: tradujo en sus libros las voces arcanas de aquellos sitios, especialmente de ese sur italiano. “Sorrento y Capri son lugares que te seducen lentamente, como el canto de una sirena; hay que dejarse llevar, no resistir, para entender sus secretos” (*Siren Land*).

Alejado del espíritu de las guías de viaje, *Siren Land* es una exploración mitológica y una aventura existencial. Los relatos sobre las sirenas y las antiguas deidades griegas no son meros adornos, sino que funcionan como una lente a través de la cual el autor observa y reflexiona sobre la vida en la región y sobre sí mismo. La conexión emocional entre el paisaje

y su efecto en el espíritu humano sostiene su escritura.

En *In the Land of Myth*, Richard Ellmann criticó el “idealizado” estilo del autor de *London Street Games* —obra de la que Joyce extra-jo literalmente frases enteras para *Finnegans Wake*—, afirmando que “Douglas cae en el encanto de una Italia idealizada, filtrada por el prisma de un visitante que busca refugio espiritual más que un conocimiento profundo de las realidades locales”. Ellmann se equivoca. Douglas fue un aventurero de la belleza que nace del conocimiento. Como todo verdadero esteta, sabía que la belleza no salvará al mundo, pero siempre dará testimonio de quienes la han buscado.

III

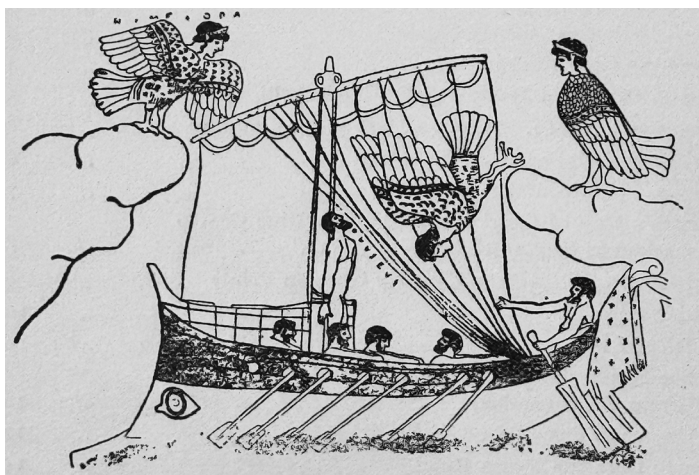
La obra de Norman Douglas ha tenido escasa fortuna en idioma español. Exceptuando *South Wind* —traducida como *Viento del Sur*— y algunos textos dispersos en antologías, sus libros permanecen prácticamente inéditos en la lengua de Quevedo. Tampoco la crítica literaria de España e hispanoamérica se ha ocupado de ella —Gómez de la Serna, Borges y Carpentier lo mencionaron de pasada, César Aira lo ha reivindicado en un ensayo sobre “el

realismo”, y poco más—. Este volumen pretende remediar en algo esa carencia.

Somerset Maugham afirmó que Douglas poseía la habilidad de “destruir a alguien con una sola palabra” y de “leerse cien libros para escribir una página”. *Las sirenas y sus ancestros* —los tres capítulos iniciales de *Siren Land*— dan testimonio, al menos, de lo segundo.

PABLO DE CUBA SORIA

Isla de Richmond, 2024



Odiseo y las sirenas
(De un vaso griego en el Museo Británico)

I

Las sirenas y sus ancestros

EL EMPERADOR TIBERIO sorprendió a sus gramáticos con esta pregunta: “¿Qué cantos entonaban las sirenas?”. Sospecho que él sabía más de este tema que sus filólogos, pues toda su vida fue un apasionado de estas criaturas, aunque el destino no le permitió disfrutar de su fascinación hasta los últimos años, cuando se retiró al rocoso islote de Capri —entre sirenas—. Los gramáticos, si fueron prudentes, lo habrán remitido a Homero, quien conservó una parte de aquellos cantos.

Resulta cuestionable si hoy en día existen sirenas de aquel linaje, ya que los rincones más ocultos de la Tierra han sido conquistados, incluido el fondo inexplorado del mar. No obstante, hasta hace no tanto, aún se hallaban criaturas semejantes. Jacobus Noierus relata que en 1403 capturaron una sirena en el Zuiderzee. La llevaron a Haarlem, donde aceptó ser vestida (pues estaba desnuda, naturalmente),

aprendió a comer como cualquier holandés y a hilar, y realizaba otras ocupaciones femeninas con gentileza, viviendo hasta avanzada edad. Pero nunca habló. Los honorables burgueses desconocían el idioma de la gente del mar, por lo que permaneció muda hasta el final de sus días; un hecho lamentable, ya que, salvo en “Julnar, la nacida del mar” (el cuento árabe), escasa información nos ha llegado sobre los hábitos conversacionales y domésticos de las sirenas medievales.

En los Archivos Reales de Portugal se conserva la documentación de un costoso litigio entre la Corona y el Gran Maestre de la Orden de Santiago, sobre la propiedad de las sirenas que el mar arrojaba a las costas del Gran Maestre. El fallo favoreció al rey: “QUÉDESE PROMULGADO QUE LAS SIRENAS Y OTROS MONSTRUOS MARINOS ARROJADOS POR LAS OLAS EN LAS TIERRAS DEL GRAN MAESTRE PASARÁN A POSESIÓN DEL REY”. Esto prueba que había suficientes sirenas por entonces. Uno de los casos mejor documentados lo registra el veraz Capitán John Smith, el de la famosa Pocahontas: “No puedo omitir mencionar aquí —escribió— la admirable criatura de Dios que vi en el año 1610 con estos propios ojos. Al amanecer, estaba en la

orilla no lejos del puerto de San Juan, cuando observé un monstruo marino nadando hacia mí. Su forma era hermosa: ojos, nariz, orejas, mejillas, boca, cuello, frente, y todo el rostro eran como los de la doncella más bella; su cabello, de un color azul, caía sobre sus hombros...”. En resumen, un pez extraño. El resto de la cita se encuentra en la *Historia Antipodum* de Gottfried.

Consulten también a Gessner, Rondeletius, Scaliger y otros buenos amigos, quienes dejan claro que las sirenas eran bastante comunes en sus días, razón por la cual tenían poca reputación; todo lo que es común pierde valor, como sugiere la propia etimología de “vulgar”. Esto puede explicar su transformación a seres pisciformes, pues las sirenas más antiguas eran de tipo aviar. Imagino que el cambio ocurrió alrededor de la época de San Agustín, cuando muchas formas paganas comenzaron a adoptar nuevas vestimentas y caracteres, no siempre para su beneficio. Este cambio afectó incluso a las nacidas en aguas helénicas, que podríamos suponer más conservadoras.

Así, Teodoro Gaza, cuyo nombre es sinónimo de buena fe e inteligencia —¿no escribió acaso la primera gramática griega?— relató cómo una vez, en una distinguida reunión

(con Pontano entre los presentes), tras una gran tormenta en el Peloponeso, una dama del mar fue arrojada a la playa. Aún respiraba, aunque con dificultad; su rostro y cuerpo eran “absolutamente humanos” y nada desagradables. Una multitud se acercó, pero sus suspiros y su pecho jadeante dejaban ver su turbación. De repente, comenzó a llorar. El compasivo erudito ordenó a la multitud alejarse y, como pudo, la escoltó hasta la orilla. Allí, tras lanzarse al oleaje con brusquedad, desapareció de la vista. Esta sirena, nuevamente, se asemejaba más a un pez que a un ave.

En Grecia, también, las sirenas han cesado su canto.

Recuerdo una tarde larga y luminosa en las Cícladas. Un hechizo parecía detener el movimiento de la naturaleza; no había sonido alguno, y sobre nosotros los rayos del sol vibraban con melodías armoniosas. Janko, el pescador, dejó caer sus remos. Nuestro bote, el único objeto en movimiento en aquella quietud sobrenatural, era arrastrado por una mano invisible hacia una rojiza ensenada en dirección oeste. Pero en nuestro camino se alzaba un islote rocoso, negro y amenazante contra el fondo carmesí. Pronto nos vimos en un laberinto de rocas y barrancos, con algunos

destellos esmeralda en sus recovecos. Pensé: si hay algún lugar donde las sirenas puedan aún habitar sin ser molestadas, debe ser este. El rufián pescador de cabello rizado guió hábilmente hacia la pequeña ensenada, aunque se negó resueltamente a poner un pie en tierra. Me adentré solo en mis exploraciones. Descubrí que ya había visitado ese lugar antes.

No era un islote de sirenas. Era un islote de pulgas. Las quitaba de mi ropa a puñados, por decenas, por cientos. Nunca un mortal estuvo tan cerca de despojarse de su piel. Janko observaba, sorprendido y consternado.

Si estas pulgas habían habitado la isla desde tiempos inmemoriales, como descendientes degeneradas de heroicas criaturas que viajaron con Jasón y sus argonautas, o si fueron dejadas allí por marineros náufragos de tiempos modernos, ¿cómo fue que se multiplicaron hasta excluir cualquier otra forma de vida? ¿De qué se alimentaban? ¿Acaso eran antropófagas, devorándose entre ellas, o se contentaban con el rocío de la mañana como la cigarra de Anacreonte, o quizás podían ayunar por largos períodos, con raros banquetes como los de aquella tarde? Estas y otras preguntas me han inquietado desde entonces. El Sr. Hudson, en su La Plata, ha planteado

problemas similares. Pero en ese momento estaba yo demasiado ocupado como para pensar en tales asuntos.

Sí, las sirenas abandonaron Grecia. Para ellas, fue solo una estación de paso. Sin embargo, permanecieron allí el tiempo suficiente para adoptar nuevas ropas y costumbres. Nada, en efecto, llegó a esa pequeña nación sin salir rejuvenecido y clarificado. Innumerales arroyos turbios, que se vertieron en la Hélade desde todos los confines, emergieron allí convertidos en un gran río calmo y cristalino que fertilizó al mundo. Así ocurrió con las sirenas. Como tantas cosas, no fueron más que una importación, una de esas nuevas ideas que, siguiendo las rutas comerciales, se introdujeron para alimentar la imaginación artística de los griegos. Ahora que sabemos algo de civilizaciones antiguas como Egipto y Fenicia, que comerciaban con Grecia, podemos apreciar el extraordinario genio helénico para asimilar y transformar. Hermes, el ladrón astuto, es un prototipo perfecto del griego. Cualquier cosa que los helenos robaban o se apropiaban —religiones, metales, comodidades, arquitectura, ingeniería— lo tomaban con exquisito gusto: desechaban la escoria y retenían solo lo valioso. Todo rastro

de saqueo se desvanecía rápidamente. Parecía absurdo, como señaló Monsieur du Presle, reconocer la deuda con otros por cosas que bien pudieron haber inventado ellos mismos. Además, el material robado se transformaba de tal modo que su creador original difícilmente lo reconocería. Lo grotesco y lo cruel se volvían humanos. Los dioses ajenos, de aspecto frenético, se volvían amables y benévolos. Y cada elemento quedaba inmediatamente marcado con el sello de la Hélade: la templanza. Aunque estos objetos virtuosos han sido manipulados desde entonces y golpeados sin piedad en la Edad Media, esa marca no se ha borrado: los conocedores aún la distinguen.

Dudo si el mismo Forcis, padre de las sirenas —¿o fue Aqueloo? Estas antiguas genealogías son terreno incierto— habría reconocido a sus hijas. ¿Cómo lucían al llegar a Grecia? Pregunten a los señores Weicker, Schrader, De Petra, Corcia, Klausen y a sus colegas. Ellos pueden contarles todo, pues han realizado la ardua tarea, sugerida por Anaxilas, de “desplumar las sirenas”. Sin duda, un esfuerzo necesario en aras de la anatomía, ya que les permitió contar sus vértebras y dientes, y quizás decidir si las sirenas eran en realidad caníbales o no. Artistas y poetas se quejaron

de esta mutilación innecesaria; los soñadores siempre se quejan. ¿Cómo lucían? Encarnaban aquellos días sofocantes de verano en los que Sirio (de donde proviene su nombre) ardía ferozmente en el cielo abrasador: eran vampiros, demonios del calor, de la putrefacción, de la voluptuosidad, del deseo. Pero la Hélade las revistió con corazones y ropajes virginales y las envió hacia el oeste, en mala compañía, desde luego, pues viajaron con los Telebeos o Tafios, incorregibles asesinos y ladrones de ganado. Era algo así como “el bebé y el ladrón”.

A partir de las minuciosas investigaciones de los eruditos, queda bastante claro que las sirenas no eran en absoluto nativas de Grecia; pertenecían a ciclos más salvajes y no helénicos, “permaneciendo”, dice Butcher, “como palabras extranjeras prestadas en un idioma, pero nunca completamente nacionalizadas”. Como otras concepciones animistas comunes en mares y tierras lejanas, llegaron a la Hélade y fueron purificadas. Nuestras sirenas familiares no son demonios de la putrefacción; son criaturas llenas de encanto y evidencian la influencia humanizadora de los griegos; no del pueblo griego, como a veces se supone (pues nunca respiró una banda más indisciplinada de fanáticos y rufianes), sino de sus maestros,

quienes consideraban la fealdad un pecado y siempre les presentaban el ideal de la némesis: la medida.

Homero inició la obra, y nada es más cierto que el dicho de Heródoto: “Homero organizó las generaciones de los dioses”. La *Odisea*, que arrastra en su corriente los vestigios legendarios de muchas razas no helénicas, nos ha transmitido un fragmento de la antigua y carníbal leyenda de las sirenas:

*En verdes prados juegan, y alrededor
Yacen huesos humanos, que blanquean todo
el suelo;
El suelo contaminado flota con sangre humana,
Y la carnicería humana contamina la temible
orilla [...]*

Sin embargo, no hay una mayor elaboración sobre este aspecto poco grato; por el contrario, el canto que sigue está concebido en el verdadero espíritu de la belleza y es completamente incompatible con aquella imagen primitiva de cruda sed de sangre. Una característica helenización en pleno acto. Tras este primer paso de purificación, los poetas y filósofos posteriores se enfocaron cada vez más en los atributos humanos de las sirenas, en

sus voces y encantadores rasgos, hasta que aquellos “huesos blanqueados” y otros rasgos duros se desvanecieron finalmente de la vista.

Después de la Hélade llegó el período alejandrino, con sus divagaciones filológicas e históricas, y el prodigioso sincretismo de dioses de los siglos II y III. Luego, el medievalismo, que redujo las formas helénicas a cacademonios y coronó a sus santos con nuevas glorias.

Durante las turbulencias medievales, la sirena Parténope se refugió en los estrechos confines de un amuleto, como los encantos de sirena que aún se ven en las calles de Nápoles, a los cuales se les atribuye una singular eficacia contra el mal de ojo. Aquí me parece ver el principio homeopático en acción, ya que las sirenas mismas eran vistas como brujas en ese entonces —brujas marinas—, y hasta hoy, puede observarse a los bañistas persignarse devotamente antes de sumergirse en el agua, como protección contra estos espíritus malignos de las profundidades. Otras, como Venus, buscaron refugio tras santos polvorientos; Santa Venere es hoy respetada como sanadora de ciertas dolencias.

Otro punto de interés general surge de ciertas disquisiciones científicas: las sirenas

de Homero deben buscarse en el oeste, y no en los lugares donde Gladstone y otros las han ubicado. Diversas especulaciones ahora convergen para sugerir que la fábula odiseica registra una de muchas migraciones hacia el oeste de dioses y hombres; en efecto, es solo otro ejemplo de esa sugerente ley de “occidentalización”, propuesta, si no me equivoco, por el naturalista ruso Von Baer. Curiosamente, el propio Baer afirmaba que las aventuras de Ulises, incluido el episodio de las sirenas, ocurrieron en el Mar Negro; aunque esta idea quizás responda a una forma de patriotismo —¡como si no supiéramos de dónde provienen nuestras convicciones más profundas!—.

Es interesante observar cómo algunos pensadores exactos, en la vejez, se inclinan hacia teorías arriesgadas. Así, Baer, el fisiólogo, discurre sobre los legendarios feacios; Virchow, el patólogo, especula sobre el hombre prehistórico; Wallace, el biólogo, explora el mundo de los espíritus. A veces este cansancio, esta disposición indulgente, llega prematuramente: Lodge, el matemático, ya ha comenzado a predicar sobre los eones y la ética. Tal es el camino del hombre y el de las naciones; ninguno lo ejemplifica mejor que la Hélade: de los “pilares de piedra tosca” a Aristóteles, y de

vuelta, a través de Platón, hacia el logos, que es nuevamente oscuridad. Sin embargo, no todos seguimos esta curva natural; algunos nacen viejos, otros nunca alcanzan la madurez, y los desacuerdos parecen resolverse en alguna existencia póstuma o prenatal.

Las sirenas griegas, al menos, llevan impresos los rasgos de una eterna juventud. Permanecen en las rocas rodeadas de mar, con la lira en mano, o se alzan sobre el agua resplandecientes, haciendo sonar sus címbalos antes de desaparecer nuevamente. Así las vemos representadas en los vasos griegos. Hay en ellas una vaga lejanía y moderación que permite múltiples interpretaciones, y es precisamente eso lo que confiere encanto a tantas concepciones helénicas. No son producto de una única mente, sino el resultado de un crecimiento complejo y multifacético, reflejo de varias capas culturales superpuestas. Son formas hermosas, pero elusivas.

Y he aquí un aspecto de su leyenda: hace mucho tiempo, las sirenas desafiaron a las musas en un concurso de canto. Al caer derrotadas, las musas se adornaron con las plumas de sus rivales. ¿Quién no se siente tentado a ver en esta leyenda la victoria de la música disciplinada sobre las improvisaciones salva-

jes del canto natural? Y otro relato: las tres hermanas sirenas se ahogaron por amor a Ulises. Este es un toque de auténtica pasión humana, una pasión sin esperanza, alejada del sentimentalismo escolar. ¡Imaginen a un “demonio de la putrefacción” lanzándose al mar por un mortal! Sí, las sirenas cambiaron considerablemente bajo el aire de la Hélade, cuya purificación es su sello distintivo. La “casta Parténope” encontró un lugar de descanso y una tumba honrada en lo que hoy es Nápoles, y durante mil años dominó las instituciones sociales y religiosas de la ciudad. Todavía hoy mantiene su influencia. ¿Está realmente muerta Parténope? ¿Quién, entonces, es Santa Lucía? Las madonnas de Nápoles son todas reinas del mar, coronadas con un resplandor prestado; la Madonna della Libera, la Stella di Mare: todas son reencarnaciones de antiguas formas de sirenas, como Leucotea, Euploia y las nereidas. Su culto hasta el presente es más pagano que cristiano. No encontrarás tales santos en la Toscana.

En tiempos recientes ha surgido una gran literatura sobre las sirenas. Pero aún desearía ver un libro que desarrollara su historia completa, rastreando su genealogía desde su nacimiento a través de todos los cambios de

carácter que han sufrido desde los tiempos antiguos; un libro que podría titularse *Les Sirènes à travers les siècles* (¿por qué suena mejor en francés?), y que ofrecería una medida interesante del estado de la inteligencia humana en cada época. Porque creamos a nuestros dioses a nuestra imagen y semejanza.

Hay un duende de la imaginación, llamado “espíritu familiar” o “ángel guardián”, que a menudo sigue un camino paralelo al de estas enigmáticas damas marinas. Las sirenas aparecen en todas partes: en las tradiciones china y sajona, en Brasil y en los vastos mares verdes y grisáceos del Ártico.¹ El demonio o duende asistente, con su crecimiento animista, también surge independientemente en Birmania, entre los antiguos irlandeses, los esquimales y los chilenos.

Nuestras sirenas probablemente tienen un origen fenicio, mientras que nuestros ángeles guardianes provienen de los caldeos. En los es-

¹ La tripulación de Henry Hudson vio una mientras buscaban un paso hacia el Polo Norte, cerca de Nueva Zembla. Era como una mujer del torso a la cabeza, “de piel muy blanca y cabello largo y negro que le caía por la espalda”. Su cola estaba moteada y tenía la forma de una marsopa.

pacios cristalinos del éter, vivían junto a divas revoloteantes que, a medida que se alejaban de la Tierra, crecían en santidad. Las culturas helénica y romana los adoptaron en contacto directo con Oriente, pero la Europa cristiana los recibió de manera indirecta, como legado de los judíos, quienes incorporaron esta poética demonología durante sus penas babilónicas, enriqueciendo sus libros sagrados con estas criaturas terribles y hermosas del aire. Los gnósticos y sabeos las elaboraron en una jerarquía deslumbrante. Así, los siete espíritus planetarios de la mitología persa se fusionaron en los siete arcángeles de los sueños cabalísticos; pero nuestras ideas de los ángeles ordinarios, de aladas formas intermedias entre Dios y el hombre, son puramente caldeas. De hecho, el Concilio de Laodicea prohibió a los cristianos invocar a los ángeles, y no fue hasta el segundo Concilio de Nicea que esta “práctica idolátrica” fue permitida. Bizancio, más que Roma, es la madre del culto a los ángeles. Al igual que las sirenas, pronto alcanzaron atributos estéticos fijos; de ahí que el ángel guardián adquiriera funciones morales. Cada hombre tenía el suyo propio; los ángeles y los dioses también; las tumbas de los muertos, igualmente, y las altas divinidades

a veces se complacían en desempeñar ese papel para con mortales dignos, como Tobías o Telémaco. Pitágoras, profundamente influido por el orientalismo, concebía su *daimon* como perceptible a los sentidos, mientras que el de Sócrates era invisible: la “voz divina” de la razón. Este momento marca el punto culminante de ambas concepciones; desde entonces, ha prevalecido una exuberante decadencia. Y así como en Homero podemos escuchar el toque poético que elevó a las sirenas desde su humilde lugar, en Platón podemos notar el error por el cual el *daimon* volvió a ser vulgar. Pues difícilmente el maestro quiso significar, con “algo divino”, lo que sus discípulos interpretaron; ellos tomaron literalmente uno de sus comentarios alegóricos, y así construyeron esa teoría antropomórfica que ridiculizó a Sócrates y materializó nuevamente al demonio.

Como suele ser característico de la humanidad, fue solo entonces, al igual que las sirenas, cuando el *daimon* se volvió “popular”. Jenofonte, Menandro y Apuleyo se exhibieron elocuentemente en sus explicaciones. Diógenes y Apolonio también empezaron a consultar demonios personales; y, por supuesto, Plotino, imitador de Sócrates, tenía el suyo propio.

ÍNDICE

PRÓLOGO: NORMAN DOUGLAS, “VIAJAR EN
LO INVISIBLE” / 7

I. LAS SIRENAS Y SUS ANCESTROS / 17

II. LAS TIERRAS ALTAS DE SORRENTO / 51

III. LOS ISLOTES DE LAS SIRENAS / 81